

Prisioneros internacionales en los campos de concentración de Franco

International prisoners in Franco concentration camps

Gerhard Hoffmann (1917-2014)

Veterà de la XI Brigada Internacional. Austria

Rebut: 10/05/2011

Acceptat: 01/09/2011

Resumen

A partir de Carl Geiser reconstruimos la suerte de los brigadistas internacionales capturados por las fuerzas fascistas, esta al principio era de muerte segura para suavizarse a mediados de guerra, cuando si no eras oficial todavía podías sobrevivir. Pasada la ofensiva del Ebro, estos supervivientes podrán salir en la medida de lo posible, a pesar que no todos encontrarán la manera o la posibilidad de salir, acabando incluso en campos nazis.

Palabras claves: campos de concentración; brigadas internacionales; represión franquista

Abstract

From Carl Geiser we reconstruct the fate of the international brigadistas captured by the fascist forces, this at the beginning of death sure to soften in the middle of the war, if you were not official you could still survive.

After the offensive of the Ebro, these survivors will be able to leave as much as possible, although not all will find the way or the possibility to leave, finishing even in Nazi fields.

Key words: concentration camps; international Brigades; Franco's repression

Sumario

1. La suerte del internacional capturado; 2. Organización en los campos; 3. Salidas de los campos y análisis internacionales.

La suerte del internacional capturado

A Carl Geiser le temblaba la mano tanto que tuvo que sorber su vino con una pajilla. Estaba aquejado por la enfermedad de Parkinson y una reciente apoplejía pero, aun así, el nonagenario excombatiente de la guerra civil emprendió el penoso viaje de Norteamérica a Madrid para no faltar en el sesenta y cinco aniversario de la fundación de

las Brigadas Internacionales. Carl Geiser fue uno de los setecientos voluntarios que pasaron años en los campos de concentración de Franco y uno de los que todavía estaban con vida en el año 2001. Él y unos pocos expresos supervivientes más (dos yugoslavos, dos cubanos y un irlandés) asistieron a aquel encuentro memorable: todos tenían entre ochenta y noventa años de edad; todos habían sido testigos de largos años de vida en los campos franquistas.

No estaba de moda hacer prisioneros durante los primeros meses de la contienda. En su parte de guerra de 9 de marzo de 1937, Franco mandó fusilar a todo extranjero encontrado con el arma en la mano. Esta orden no era nunca revocada. Tampoco cesaron por completo los fusilamientos arbitrarios en zona sublevada hasta el final de la guerra, contándose oficiales y comisarios políticos entre las víctimas más valiosas. Si los extranjeros caían en manos de moros o de fanáticos falangistas o requetés, morían incluso siendo simples soldados, mientras que los italianos al servicio de Franco se conformaban con escoltarlos hasta los mandos españoles. No hay duda de que tales matanzas ocurrieron en zona republicana igualmente, a pesar de los esfuerzos del gobierno para frenarlas —un decreto de fecha de 11 de abril de 1937, firmado por Azaña y Largo Caballero, ordenaba entregar a las autoridades competentes a todo combatiente apresado—. Sin embargo, tales amonestaciones eran desoídas frecuentemente en el propio frente republicano.

Son muchos los testimonios sobre los internacionales capturados por las tropas de Franco durante la guerra civil y sobre los azares que estos sufrían. Los hay recogidos en los archivos, en publicaciones históricas, en novelas y en las memorias de los supervivientes. A los internacionales se les puede seguir la pista en los legajos del Centro de Documentación de la Resistencia Austriaca (CDRA),¹ instituto cuyos trabajos suelen ser cuidadosamente investigados y rigurosos.

El libro *Prisoners of the Good Fight*, de Carl Geiser, es una de las mejores fuentes de información sobre ese triste capítulo de la guerra.² Carl Geiser fue, durante quince meses, prisionero en San Pedro de Cardeña (Burgos) y portavoz del grupo angloparlante en ese campo. A través de su libro y de otros relatos de expresos se pueden seguir las peripecias de los prisioneros de guerra internacionales caídos en manos de las tropas franquistas.

Según Carl Geiser, hay evidencia del primer internacional que cayó en manos del enemigo: fue un joven puertorriqueño de nombre Carmelo Delgado Delgado, luchador por la independencia de su patria, capturado en el frente de Ciudad Universitaria en diciembre de 1936 y fusilado en Valladolid el 29 de abril de 1937 tras un juicio sumarísimo. En 1964 sus padres fueron a buscar su tumba pero solo consiguieron localizar a un compañero de prisión de su hijo que les contó que Carmelo murió ordenando él mismo disparar al pelotón y gritando «¡Viva Puerto Rico Libre!». Carmelo fue el primero de los

1. En alemán, *Dokumentationsarchiv des Österreichischen Widerstands*. [En línea] <<http://www.doew.at/>> [citado 22/05/2012].

2. GEISER, C.F., *Prisoners of the Good Fight: The Spanish Civil War, 1936-1939*, 1986.

176 ciudadanos americanos muertos al caer presos, de un total de 290 hombres capturados³.

Es imposible acertar en el número de internacionales ejecutados por los facciosos después de ser capturados y en el total de internados en los campos de la España sublevada. Entre los que fueron ajusticiados, hay evidencia de un grupo de 7 hombres de la XI Brigada y 27 voluntarios ingleses de la XV que fueron atrapados por los italianos de las Flechas Negras de Mussolini durante la batalla de Guadalajara en marzo de 1937. Aquellos desdichados fueron llevados al campo de concentración de Soria y, desde allí, al consejo de guerra en Salamanca, que condenó a cinco de los reos a ser fusilados y a los demás a veinte años de reclusión. De estos últimos, todos, salvo dos, fueron agraciados y salieron libres en mayo de 1937.

En el anuario de 1988 del instituto austriaco antes citado se lee sobre el tema que el día 8 de julio de 1937, durante el comienzo de la ofensiva republicana sobre Brunete (en la provincia de Madrid), un grupo de austriacos del batallón Chapayev fue capturado en una emboscada por una unidad de moros. El día siguiente los republicanos retomaron el lugar y hallaron los cadáveres quemados, castrados y con los ojos pinchados de seis de sus compañeros austriacos.

A partir de agosto de 1937 disminuyeron los asesinatos de soldados presos, aunque continuaron los fusilamientos de oficiales capturados. En julio de 1937, por ejemplo, también fue capturado Fritz Riegler, austriaco de apenas diecisiete años. Aunque se le amenazó con el fusilamiento, luego se lo llevaron a un campo improvisado en Talavera de la Reina (Toledo) donde se encontró con otros catorce internacionales. Allí fueron obligados, a fuerza de latigazos y patadas, a asistir a misa y gritar «¡Arriba España!». Las próximas estaciones de ese grupo fueron Trujillo (Cáceres), donde permanecieron varias semanas incomunicados; y, luego, tras un viaje largo y penoso sin comida ni descanso, Santander (Cantabria); para finalmente llegar al campo de San Pedro de Cardeña (Burgos).

La mayoría de los prisioneros se temían que el campo de San Pedro de Cardeña era para largos meses y años, cuando no se cuentan los que lo imaginaban como el terminal de su trayectoria. Se encontraba ubicado en un antiguo monasterio en las cercanías de la ciudad de Burgos. El edificio, abandonado desde 1922, era un lugar lúgubre hasta por su pasado histórico: en 934, Abd al-Rahman III mandó degollar a doscientos monjes allí. San Pedro de Cardeña, por otro lado, había albergado el primitivo sepulcro del Cid, cuyos huesos, sin embargo, se encuentran en la catedral de Burgos. Pero supuestamente el edificio no fue seleccionado para servir de campo de reclusión por su glorioso pasado, sino por su vecindad a la sede del gobierno nacional, quizá en vista de canjes eventuales de prisioneros con el territorio republicano.

3. Cabe mencionar que el total de voluntarios americanos en el Ejército de la República era superior a 3.000 individuos.

Otros internacionales capturados fueron llevados a los campos de Miranda de Ebro (Burgos) y Palencia. Debido a los transportes frecuentes de un campo al otro, no hay cifras fiables para cada uno de ellos. En noviembre de 1941, cuando ya habían sido liberados casi todos los que habían sido reclamados por sus países, se contaron más de 1.300 reclusos en Miranda: de ellos, 362 eran polacos; y, los demás, de varias nacionalidades no bien identificadas.

Las condiciones de vida eran pésimas en todos los campos. En San Pedro, los prisioneros fueron encerrados en salas enormes donde dormían en suelo de piedra, apretados como sardinas en lata; padecieron un régimen de alimentación escasa, vejaciones y maltratos diarios; y fueron obligados a asistir a misa cada mañana y cantar el *Cara al sol*.

Franco recibió abundante material de guerra de Alemania y tropas bien pertrechadas y entrenadas de Mussolini en las primeras semanas de 1938. Los Estados Mayores presionaron para acabar ya de una vez con la República, con la intención de evitar un posible acuerdo entre la Unión Soviética y las potencias occidentales. Gracias a este apoyo masivo, las unidades sublevadas lograron avanzar rápidamente hacia el Mediterráneo, sin que los republicanos ofreciesen mayor resistencia. Entre las unidades de la República presentes en ese sector del frente se hallaban las brigadas XI (alemana), XIV (francesa) y XV (estadounidense, británica, canadiense y cubana), cuyos efectivos fueron aplastados por un enemigo superior y vieron como única salida la de cruzar el Ebro, cuya ribera izquierda estaba todavía en poder del bando leal. Durante el empeño desesperado de alcanzar el río fueron apresados centenares de hombres, que pasaron a ser internados en los campos. Esto sucedió entre el 12 de marzo y el 2 de abril de 1938, etapa en la que fueron hechos prisioneros la mayoría de los reclusos en San Pedro de Cardeña.

Organización en los campos

Carl Geiser describe con patetismo cómo se organizaron los internacionales en San Pedro para su supervivencia. Es sorprendente observar las semejanzas entre el comportamiento de esos hombres en su desgracia y el de sus compañeros tras la derrota de la República: estos últimos sufrieron los mismos agravios y casi simultáneamente, pero allende las fronteras de España, en los campos franceses de Gurs (Pirineos Atlánticos), Argelès-sur-Mer y Saint-Cyprien (Pirineos Orientales), donde fueron internados aquellos que no podían regresar a sus patrias respectivas. Tales hombres, incluso vencidos, tenían la obsesión de mantener un colectivo paramilitar en vista de una tarea que pensaban firmemente que les quedaba por cumplir, independientemente de las circunstancias o el lugar en que la suerte los echase. Así que en el campo francés de Gurs, donde fueron a parar muchos internacionales, se organizaron cursos de idiomas, historia y otras materias; se distribuyeron los escasos donativos que llegaron de afuera; se editaba un boletín; y se hacía gimnasia diariamente.

Incluso en el campo nazi de Dachau (Baviera), bajo la vigilancia férrea de las SS, los internacionales alemanes y austriacos lograron organizarse en estricta clandestinidad, consiguiendo mantener viva la moral de los reclusos y salvar muchas vidas de sus compañeros a pesar del ambiente implacable en el que se vieron enredados.

Esa constante manía de colectividad no se limitó a la vida en cautividad, sino que continuó en los frentes de la resistencia después de la liberación y perduró en la Europa de la posguerra incluso en los decenios posteriores, cuando todos ellos ya habían vuelto a su vida civil. Resulta curioso observar cómo, hace pocos años, unos excombatientes suizos de las Brigadas Internacionales –todos octogenarios– se personaron ante el cónsul de España en Ginebra, solicitando la ciudadanía española: no fueron cada uno por su parte, sino en colectivo.

En San Pedro, los angloparlantes (estadounidenses, británicos y canadienses) formaron un colectivo propio. Carl Geiser cuenta cómo los británicos se juntaban en grupos de quince durante una hora para leer el único libro a su alcance: *Lawrence of Arabia*. La lectura era seguida por una discusión sobre el papel de las potencias imperialistas en Oriente Próximo. El sargento español encargado de vigilar a los presos en San Pedro era un antiguo soldado de Filipinas que fue apodado *Sticky* debido a su costumbre de andar con una caña. El militar no manifestaba tendencias sádicas y los prisioneros mantenían una relación regular con él. En este campo editaron un boletín, *The Jaily News*,⁴ destinado a combatir el derrotismo. Fue escrito a lápiz, en un solo ejemplar y, asimismo, leído en grupos.

Salida de los campos y análisis particulares

Con el fin de la ofensiva del Ebro en octubre de 1938 y el final de la guerra próximo, el gobierno de Franco consintió canjear unos pocos prisioneros británicos y estadounidenses por otros en territorio republicano para mejorar la imagen del gobierno de Burgos en esos países. El primer grupo de 14 estadounidenses salió de San Pedro en octubre de 1938. Fueron llevados a la prisión de Ondarreta (Guipúzcoa) y cruzaron el puente del Bidasoa pocos días después para embarcar en puerto francés hacia Estados Unidos. El 22 de octubre de 1938 les siguieron 97 prisioneros británicos, que llegaron a Londres el 25 de octubre. Los británicos restantes en San Pedro fueron liberados unos días más tarde. Los 31 canadienses salieron en abril de 1939. Los demás americanos fueron liberados en grupos y los 2 últimos salieron libres el 24 de marzo de 1939.

Cuando terminó la guerra civil, también se soltaron paulatinamente sujetos de otros países no fascistas. Como se ha mencionado parcialmente arriba, el 5 de abril de 1939 salieron 31 canadienses y 11 suizos de la prisión de Ondarreta en virtud de un con-

4. *Jail*: prisión.

venio de canje. Los canadienses fueron acogidos en Hendaya (Pirineos Atlánticos) por el representante de su país, quien les ofreció cigarrillos, un baño, comida y vestidos; mientras que el responsable suizo, declarado contrario a los «rojos», atendió a sus compatriotas solo con lo más imprescindible.

Todavía seguían reclusos varios grupos de franceses en julio y agosto de 1939; y todos los noruegos a la altura de julio. En cuanto a los neerlandeses, su gobierno los reclamó el 11 de agosto de 1939 y Franco contestó que solo 4 individuos de aquella nacionalidad podían salir y que 21 estaban pendientes de pasar por el consejo de guerra —no hay evidencia de lo que ocurrió con ellos—. Los cubanos tuvieron que esperar hasta diciembre de 1939 pero recibieron una calurosa acogida al llegar a La Habana.

Mientras que los prisioneros de países no fascistas fueron reclamados por sus gobiernos y podían regresar, la situación era diferente para los alemanes y los sujetos de países bajo dominación del *III Reich*, que no tenían adonde ir. Agentes de la Gestapo aparecieron frecuentemente en San Pedro para interrogar a reclusos que les interesaban, y la amenaza de ser entregado a los alemanes fue constante. Precisamente para evitar ser devueltos, un grupo de 6 notorios antifascistas alemanes, particularmente comprometidos, intentó la evasión. Sin embargo, todos fueron apresados, golpeados y encerrados más de un mes en una madriguera húmeda y sin luz, donde padecieron hambre y sed. Varios de sus compañeros sufrieron represalias por no haber denunciado sus preparativos de huida. Herbert Streit, uno de aquellos seis, pasó noventa y nueve días encerrado en aquel calabozo terrible. En 1941 se escapó de un tren que le iba a entregar a la Gestapo e intentó ir a Portugal, pero fue nuevamente interceptado por la Guardia Civil y cedido a la Gestapo. Los 5 individuos restantes permanecieron en cautividad. Más tarde lograron pasar como neerlandeses y embarcaron hacia Curazao (parte de las antiguas Antillas Holandesas) en octubre de 1942. Al terminar la segunda guerra mundial, regresaron a Alemania y fueron acogidos honrosamente en la República Democrática Alemana (RDA). Más suerte tuvo el alemán Karl Loesch, que logró escaparse de Palencia y pasar a Portugal. Al terminar la guerra mundial, volvió a Alemania y fue el primer embajador de la RDA en Cuba.

Tras la salida de los estadounidenses, británicos, canadienses y otros nacionales de países no fascistas, se registraban en el campo de San Pedro de Cardeña un total de 653 prisioneros, de los que 55 eran alemanes; 28, austriacos; y, los demás, ciudadanos de más de veinte países diferentes. De estos, 479 habían pertenecido a las Brigadas Internacionales; 130, a varias unidades españolas; y 44 eran civiles. Poco a poco fueron saliendo los que tenían parientes o amigos en otros países. En noviembre de 1939 se formó un batallón de trabajo con los 250 cautivos que quedaban y se envió a reconstruir Belchite (Zaragoza). Los trabajos eran de cantera; el régimen, severo; y el aposento, un antiguo seminario donde se sufría el frío invernal. En mayo de 1940, el batallón fue trasladado a Palencia para la ampliación de un depósito de municiones. En el verano de 1941 se declaró en el campo una epidemia de tifus, que provocó víctimas entre los prisioneros y una ola de depresión. Hay que tener en cuenta que, en ese mismo momento, las tropas de la *Wehrmacht* se encontraban a las puertas de Moscú; y que Europa estaba bajo el control

de Alemania desde el Cabo Norte hasta Creta y del Atlántico hasta el Cáucaso. A pesar de perspectivas tan tristes, la mayoría de alemanes y austriacos del batallón se negaron a obedecer la orden de entregarse a las autoridades alemanas. Sin embargo, el mando español los devolvió a la fuerza a las cuatro semanas. Fueron unos 30 brigadistas alemanes y austriacos. Pasaron años en los campos de concentración en Alemania y, los que sobrevivieron a esa dura experiencia, quedaron afligidos para el resto de sus vidas. Los austriacos Josef Zwonaritsch y Franz Kasteiner murieron en circunstancias trágicas. Los dos fueron capturados durante la retirada de Aragón. Ambos pasaron por San Pedro y Belchite, fueron entregados a la Gestapo en 1941 y acabaron en el temido campo nazi de exterminio de Gross Rosen, ubicado en Polonia hoy en día. En ese campo, Kasteiner fue ahorcado en noviembre de 1941 tras un intento de evasión y en presencia de todos los reclusos formados en fila. Zwonaritsch falleció en un rincón de su barraca, extenuado por hambre, maltratos y trabajos forzados.

Un caso singular fue el del voluntario británico Jim Rutherford, preso primero en el frente de Navalcarnero (Madrid) en febrero de 1937, condenado a ser fusilado y, después, perdonado, canjeado y salido de España. Pero Rutherford regresó a territorio republicano para seguir luchando. Ello le supuso ser apresado de nuevo en marzo de 1938, internado en San Pedro y fusilado en Burgos el 24 de mayo de 1938. Carl Geiser cuenta que, al ser llevado a Burgos, saludó a los compañeros con el puño en alto, y agrega el autor de *Prisoners of the Good Fight* al respecto: «Inglaterra y el mundo entero han perdido a un valioso hombre».

Franz Hahs, probablemente el último de los que cayeron prisioneros (2 de febrero de 1939), se hallaba malherido a causa de una bala en el vientre pero pasó por varios campos y prisiones antes de llegar a San Pedro. En 1941 salió con el batallón de trabajo a Belchite y fue uno de los entregados a la fuerza a la Gestapo. Estuvo en varios campos de concentración alemanes durante los cuatro años siguientes y finalmente llegó al de Mauthausen (Austria), donde fue liberado en 1945.

Josef Kraxner, otro voluntario austriaco, capturado en Vilalba dels Arcs (Tarragona) el 31 de marzo de 1938 e igualmente recluido en San Pedro de Cardena, logró hacerse pasar por yugoslavo, evitando así ser entregado a la Gestapo. Junto a los demás yugoslavos en el campo fue enviado a Belchite. Con ellos regresó al campo, aunque esta vez a Miranda de Ebro, y pudo, como yugoslavo, dejar España dos años más tarde, con dirección a Argel. Se alistó en una unidad guerrillera aliada y participó en la liberación de Italia.

En Argel se encontraba desde 1943 el alemán Karl Kormes, preso en junio de 1937 junto al referido Riegler. Kormes fue el responsable del grupo alemán en San Pedro. Evitó ser entregado a la Gestapo pasando por polaco y salió libre en 1942. Marchó a Gibraltar y luego a Argel, donde se dedicó a organizar en unidades de combate favorables a los aliados a los antifascistas recién llegados.

Los recuerdos de los pocos supervivientes de esa epopeya son amargos, pero todos los internacionales han mantenido su cariño hacia el país por el que estaban dispuestos a sacrificarse. Los campos de concentración en la España franquista no fueron,

por cierto, ningún testimonio de humanidad: los presos pasaron muchas calamidades, fueron maltratados, los carceleros los odiaban y los trataban como enemigos. Pero, a quien se odia, se considera humano. Las SS, fieles a la ideología nazi y creyéndose de raza superior (*nordische edelmenschen*), negaron a sus presos la humanidad. Conviene tener presente esta disparidad de conceptos al evocar los sufrimientos de los que pasaron por los campos de Franco.